

La ermita de

Santa María la Antigua *de Carabanchel*



JUNTO A LA ENTRADA DEL VIEJO CEMENTERIO DE CARABANCHEL, A ESPALDAS DEL SOLAR EN EL QUE SE ALZÓ HASTA 2008 LA POLÉMICA PRISIÓN PROVINCIAL, NUESTRA VILLA CONSERVA, CASI A ESCONDIDAS, EL ÚNICO EDIFICIO DE LA COMUNIDAD MADRILEÑA QUE MANTIENE PRÁCTICAMENTE INTACTA LA ARQUITECTURA MUDÉJAR EN QUE FUE CONSTRUIDO A COMIENZOS DEL SIGLO XIII



Restos de policromía medieval realizada al temple en la estructura de madera del coro. Los motivos que más se repiten son castillos amarillos sobre fondo rojo y leones rojos sobre fondo amarillo.

LA ALDEA DE CARABANCHEL Y LA ERMITA

Todo el barrio actual de Carabanchel ha sido testigo de asentamientos humanos desde tiempos prehistóricos, tal como demuestran los numerosos restos arqueológicos allí encontrados. El más conocido de ellos es el mosaico romano de las Cuatro Estaciones, del siglo III, hallado en la antigua finca de los condes de Montijo, que ocupaba todo el terreno situado a la derecha de la que fue carretera de Madrid a Fuenlabrada, ahora calle de General Ricardos, entre el kilómetro 6 y el 7; el parque actual de las Cruces es una parte de aquella gran finca. El mosaico se conserva en el Museo de los Orígenes.

A la vista de los hallazgos, es seguro que en los terrenos actuales del cementerio, ermita y cárcel existió una villa agrícola romana que perduró en época visigoda e islámica y que fue origen de la aldea medieval de Cara-

banchel. Tras la conquista cristiana, la pequeña aldea quedó sometida a la jurisdicción de la villa de Madrid. Su primera mención documental conocida data de 1181 (nombrada entonces y en textos sucesivos como Caravanchiel, Caravangel y Caravanchel), momento en que pertenecía como señorío a Pedro Manrique de Lara.

A principios del siglo XIII se habría construido la ermita actual, aprovechando los restos de un edificio anterior del cual no hay constancia alguna de que fuera templo; lo más probable es que este edificio primitivo habría formado parte de las dependencias de la antigua villa romana, alojando a los trabajadores que la explotaban, y habría mantenido ese carácter durante los siglos posteriores.

El nuevo templo nació como iglesia parroquial de la aldea y tomó el título de Santa María Magdalena, advocación de origen franco relacionada sin duda con los repobladores

llegados a la comarca madrileña durante el siglo XII. Los enterramientos se realizaban en el interior de la iglesia o en sus inmediaciones, al arrimo de los muros norte y oeste. Este espacio exterior de inhumaciones se consolidó como cementerio con el paso del tiempo, y desde entonces ha sido compañero inseparable del templo mudéjar.

A partir de las décadas centrales del siglo XV, la recuperación demográfica común a toda Europa favoreció la aparición de dos nuevos núcleos de población muy cercanos a la pequeña aldea: uno al sur de ella, sobre un cerro, que se vino a denominar Carabanchel Alto (de Suso en la documentación medieval) y en el que se construyó la iglesia parroquial de San Pedro. Y el otro, al norte, en un llano, alrededor de la nueva iglesia parroquial de San Sebastián: Carabanchel Bajo (de Yuso).

Así, al finalizar dicho siglo XV todos los habitantes de la vieja aldea se ha-



bían trasladado ya a los dos nuevos Carabancheles, el lugar quedó despo-
blado y los bienes de la iglesia de la
Magdalena se repartieron entre
las de San Pedro y San Sebas-
tián. En el siglo siguiente
perdió el rango de ige-
sia, quedando en ermi-
ta dependiente de la
parroquia de San Se-
bastián, y se le comen-
zó a denominar de
Santa María la Anti-
gua, de Nuestra Seño-
ra de la Antigua o, sim-
plemente, ermita de la
Virgen Antigua, tal co-
mo aparece nombrada
en un mapa de 1860.
De esa forma, aislada y
sola entre los dos nue-
vos poblados, es como
Lope de Vega describe
a la ermita en el *Isidro*
(1599):

«Estaba entre jun-
cos y eneas / vallizo y
gamarzas vanas,

/ labrado de piedras llanas / un templo
entre dos aldeas / a Madrid las más
cercanas».

El viejo templo mudéjar sólo vivirá
un fugaz florecimiento a partir del pri-
mer cuarto del siglo xvii, tras la cano-
nización de san Isidro: se labra el re-
tablo actual y crece su atracción como
lugar de culto relacionado con la vi-
da del santo labrador. En 1948, los
dos Carabancheles se convierten en
distrito de Madrid. La ermita fue de-
clarada monumento histórico-artísti-
co de interés provincial el 9 de octubre
de 1981, y en la actualidad oficia co-
mo capilla del cementerio. Desde prin-
cipios del siglo xx, el escudo munici-
pal de Carabanchel muestra en su
cuartel derecho la imagen de Nuestra
Señora de la Antigua.

EL EDIFICIO MUDÉJAR

El edificio que hoy conocemos,
construido en el segundo cuarto del si-
glo xiii, es un ejemplo notable de ar-
quitectura mudéjar rural de la Comu-
nidad de Madrid,

cercano estilísticamente a otras iglesias como las de Patones, Navarredonda, Valdilecha o Boadilla del Monte. Pero, aventajando a todas ellas, el templo de Carabanchel se conserva casi íntegro: el ábside, la torre y el muro sur con la portada son los originales, mientras que el septentrional, muy deteriorado al haberse adosado nichos del cementerio, fue rehecho con tapial

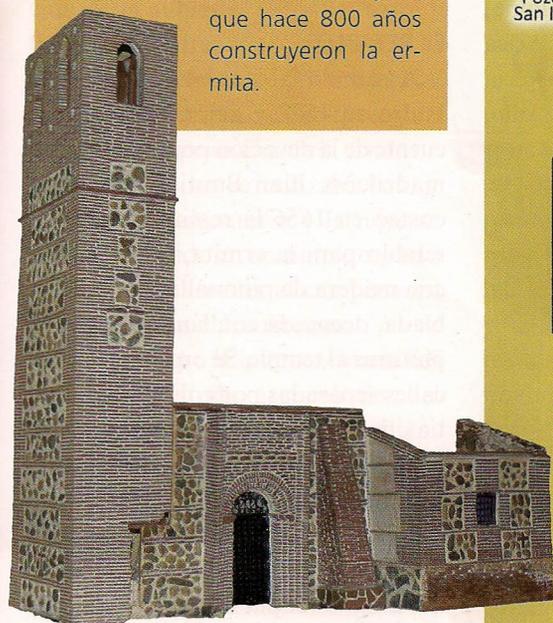
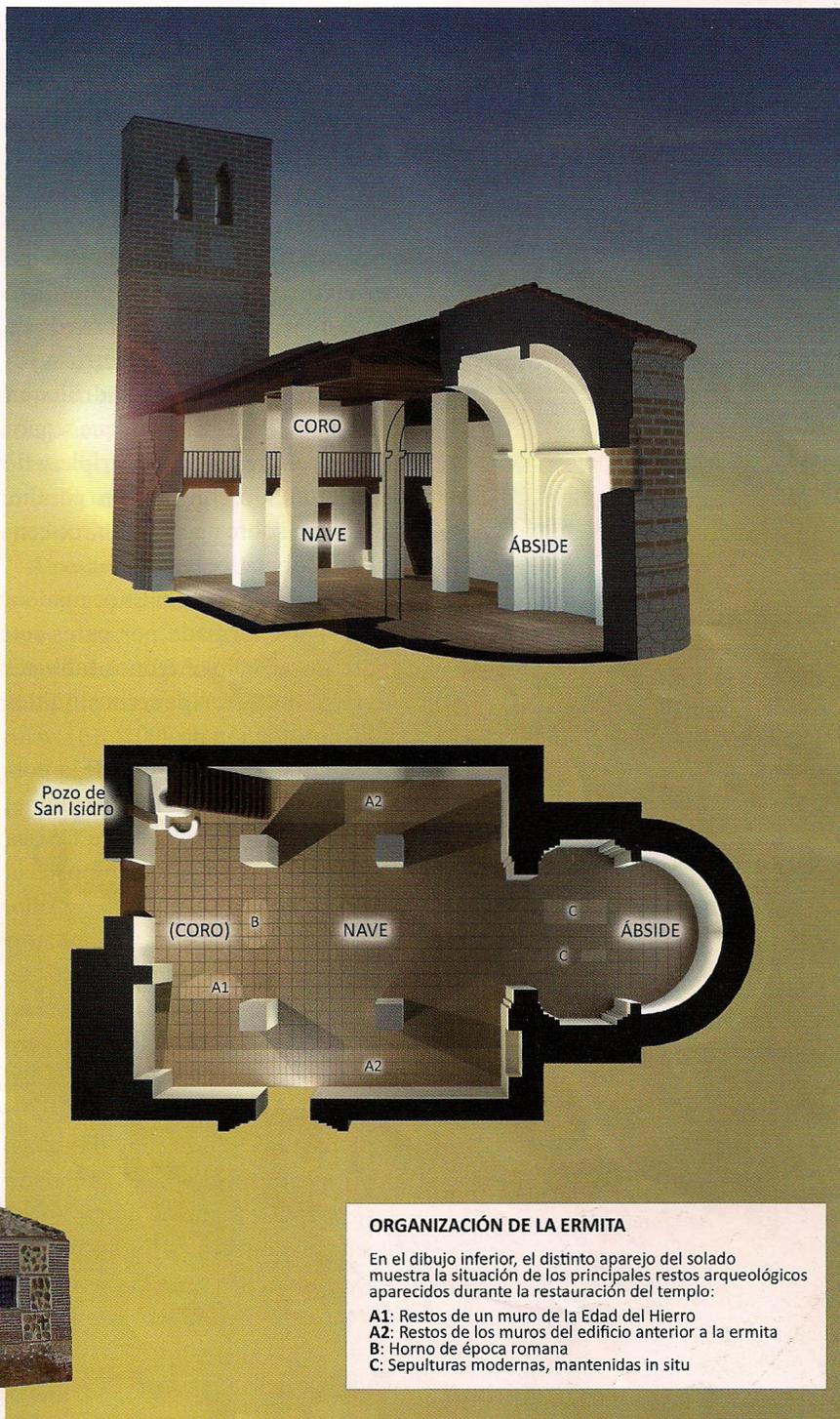
y encintado de ladrillo en época moderna.

Tiene una superficie de 240 metros cuadrados y consta de nave con coro (éste, probablemente agregado a finales del siglo XV o principios del XVI), ábside y torre campanario. El contrafuerte exterior y la sacristía, ambos adosados al muro sur de la fábrica, se añadieron en los siglos XVII-XVIII.

El viejo templo mudéjar vivirá un fugaz florecimiento a partir del primer cuarto del siglo XVII, tras la canonización de san Isidro

LA MAQUETA DE JOSÉ LUIS LAVÍN LARA

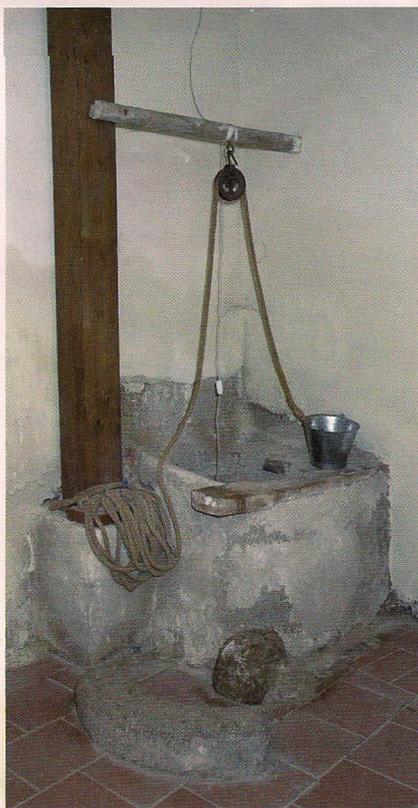
José Luis Lavín Lara es un madrileño cuya carta de vecindad en el barrio de Carabanchel tiene una antigüedad de al menos cuatro generaciones. En el viejo cementerio descansan sus bisabuelos, su abuela, sus padres y su hermano. Tantas veces ha pasado y pasa junto a la ermita cuando va a visitarles al camposanto, que un día decidió atreverse a construirla con sus propias manos. Hizo fotos y videos, contó las hiladas de muros y torre, calculó las proporciones, y con arcilla y minúsculos moldes va fabricando los ladrillos uno a uno. Le falta colocar la techumbre y cerrar el ábside, pero su maqueta de 1 metro de largo y 80 centímetros de altura es ya, aunque inacabada, una pequeña joya anónima a la que sin duda habrían dado el visto bueno los alarifes mudéjares que hace 800 años construyeron la ermita.



ORGANIZACIÓN DE LA ERMITA

En el dibujo inferior, el distinto aparejo del solado muestra la situación de los principales restos arqueológicos aparecidos durante la restauración del templo:

- A1: Restos de un muro de la Edad del Hierro
- A2: Restos de los muros del edificio anterior a la ermita
- B: Horno de época romana
- C: Sepulturas modernas, mantenidas in situ



EL POZO DE SAN ISIDRO

El códice de Juan Diácono de 1275 narra dos milagros obrados por san Isidro (el de los pobres y el del borriquillo y el lobo) en las inmediaciones de esta iglesia de Santa María de la Magdalena. La enorme extensión de las tierras de Iván de Vargas, su patrono, que desde la Casa de Campo alcanzaban la aldea de Carabanchel, justifican la presencia del santo en este lugar. Pero Isidro, fallecido en 1130 ó 1172, según los autores, no pudo conocer la ermita actual, obra del siglo XIII. ¿Existió un templo anterior al que acudía el santo? Los hallazgos arqueológicos (horno, pozo) sugieren más bien que el edificio primitivo sobre el que se alzó la ermita mudéjar era una construcción civil de carácter auxiliar, heredera de la antigua villa romana.

También permanece en la incógnita la razón por la cual se trazó el templo de forma que el pozo quedara incluido en su interior. Si en el momento de su construcción ya se asociaba al santo (única justificación posible de su inclusión en el edificio), no se entiende por qué en el códice de 1275, escrito décadas después, se menciona explícitamente la iglesia, y por dos veces, pero no se cita en absoluto el pozo.

Pozo de san Isidro. Profundidad de 16,50 metros, con 2,40 metros de agua; el diámetro interior es de 0,70 metros. Junto a él, en el suelo, se conserva parte del brocal original de piedra, de 50 centímetros de altura.

- Interior: Tiene una sola nave, casi cuadrada, aunque los cuatro pilares que ayudan a la estabilidad de la cubierta dan lugar a tres falsas naves. El presbiterio (parte recta del ábside) se cubre con bóveda de cañón y muestra en cada pared una hornacina con arco triple de medio punto. El ábside es semicircular con bóveda de horno y por todo su perímetro superior corre un friso de ladrillo en esquinilla. El arco triunfal, que separa la nave del presbiterio, es triple y de perfil apuntado, con un ligero peralte, y descansa sobre nacelas; el arco central está lobulado.

- Cubierta de la nave: Es de madera a dos aguas, formada por pares con apoyo intermedio. Algunos tablonos originales hubieron de ser sustituidos en la restauración de 2002.

- Exterior: Los muros (el de la portada, con un importante desplome) presentan al exterior la típica fábrica mudéjar de cajas de mampostería separadas por verdugadas de ladrillo, excepto en los elementos singulares (portada y cuerpo superior de la torre), que se construyen exclusivamente en ladrillo. El alero del muro se decora con un friso en esquinilla, y el del ábside con canecillos escalonados.

La portada se abre mediante un arco triple de medio punto (lobulado el intermedio) que arranca sobre nacelas; el despiece de los ladrillos se dirige a un punto situado por debajo del centro del arco. Queda enmarcada por un doble alfiz, adornado con dos hiladas de ladrillos a soga, la superior a sardinel y la inferior en esquinilla. Su

La única abertura del edificio, aparte de las dos puertas, es una ventana con arco de herradura apuntado y hueco ciego con saetera vertical, situada en el fondo del ábside

diseño general es similar al de las portadas de Montejo de la Sierra, Prádena del Rincón y El Berrueco, aunque éstas, más cercanas al mudéjar castellano-leonés, carecen de lóbulos y su alfiz está menos decorado.

La única abertura del edificio, aparte de las dos puertas, es una ventana con arco de herradura apuntado y hueco ciego con saetera vertical, situada en el fondo del ábside. Éste, al exterior, recuerda al de San Martín de Valdilecha.

- Torre: Es de planta rectangular, casi una espadaña. El cuerpo bajo (que ocupa las dos terceras partes de la altura total) es macizo, y hueco el superior, el cual queda perforado por seis vanos rematados con un falso arco obtenido por aproximación de las hiladas de ladrillo; en estos huecos se alojan las campanas.

EL RETABLO

A raíz de la canonización de san Isidro en 1622 y del rebrote consecuente de la devoción popular al santo madrileño, Juan Bautista Montero costeó en 1656 la realización de un retablo para la ermita, que se labró con madera de pino tallada y ensamblada, decorada con lámina de oro y pinturas al temple. Se organizó en tres calles separadas por columnas corintias, decoradas con óleos sobre lienzo atribuidos al pintor barroco español Francisco Ricci.

La calle central acoge en una hornacina una talla de Nuestra Señora de la Antigua (copia moderna de 1940, pues la original desapareció en 1936)

En el exterior de la iglesia, junto a su muro norte y entre éste y la torre, aparecieron, respectivamente, restos óseos dispersos y un enterramiento infantil, el más antiguo de todos los encontrados

y sobre ella, en el ático, muestra un óleo de María Magdalena. En las calles laterales hay óleos de san Isidro Labrador (izquierda) y santa María de la Cabeza (derecha). En la parte inferior de las tres calles, óleos más pequeños de san Juan Bautista y de dos escenas de la historia de María Magdalena completan el retablo.

Junto a éste principal hubo otros dos retablos laterales coetáneos que se conservan actualmente en la iglesia parroquial de San Sebastián de Carabanchel Bajo.

LA RESTAURACIÓN DE 2002

En el año 2002 la Dirección General de Patrimonio Histórico de la Comunidad de Madrid restauró el edificio mudéjar en una compleja actuación que incluyó el recalce de los cimientos, el refuerzo de las fábricas, la restauración de la cubierta, sacristía, torre y fachadas, el drenaje perimetral y la eliminación de los añadidos modernos. Al mismo tiempo, se recuperó la organización primitiva de la ermita, pues el sotocoro se utilizaba como oficina del cementerio y la nave se había convertido en un simple espacio de paso para acceder al camposanto e introducir en él los féretros.

Previamente a la intervención se llevó a cabo el estudio arqueológico del subsuelo y del propio edificio, hallándose numerosos restos de cronología diversa. En la nave se encontraron un horno y restos cerámicos de época romana (siglo I d.C.), el arranque de dos muros de mampostería caliza trabados con barro pertenecientes a un edificio

anterior al actual, y los enterramientos de 37 individuos correspondientes a finales del siglo XV o principios del XVI. En el ábside y en la hornacina que hay a su derecha de descubrieron restos de pinturas de estilo gótico, y en la estructura de madera del coro quedaron a la vista restos de policromía medieval con pintura al temple.

En el exterior de la iglesia, junto a su muro norte y entre éste y la torre, aparecieron, respectivamente, restos óseos dispersos y un enterramiento infantil, el más antiguo de todos los encontrados.

A pesar del encomiable trabajo realizado en esta restauración, el deterioro del edificio mudéjar sigue su curso. En la porta-

da faltan ya algunos de los ladrillos que forman las dovelas del arco. Y, lo que es más grave, la humedad del terreno se ha apoderado de los muros, tanto en la nave como en el ábside: los enlucidos y enfoscados del interior aparecen abombados y llenos de grietas, y en algunos lugares están a punto de desprenderse y caer. Es urgente que las autoridades y organismos responsables de la conservación del templo tomen cartas en el asunto y actúen: esta ermita de Carabanchel es única en Madrid y su correcto mantenimiento debería tener la máxima prioridad.

